

Sordos apasionados y la tesis de posgrado en una FADU*

Guadalupe Granero Realini

La educación es la construcción de una persona. Educar significa sacar o evocar aquello que está latente; por lo tanto educación significa sacar afuera las capacidades de la persona para entender y vivir, no llenar a una persona pasiva de conocimientos preconcebidos.

Stephen Nachmanovitch, *Free Play*

Podría estar tirada en el sillón. Es más, podría estar tirada panza arriba en el sillón, para despejar cualquier posibilidad de actividad productiva que pudiera darse en los sillones. Y sin embargo, no. Contrariando todo el andamiaje racional de la sociedad capitalista que dicta producir para generar ganancias y descansar, tirarse en sillones, sólo para volver a producir más y mejor, me he encomendado a la tarea de resultados tal vez más intangibles -cuando no inciertos- y la cual, como si fuera poco, tampoco garantiza que el proceso en sí tenga algún tipo de satisfacción: la producción de conocimiento.

Como tantos otros, me he sumado al hacer de la investigación científica. Que no es cualquier tipo de investigación, por supuesto. Con mayor o menor vocación de exploración, de descubrimiento, de ansias de experimentar esa pulsión casi innatamente humana de preguntarse por qué, de querer saber, entender, de arriesgarse a transitar preguntas que no siempre tienen respuestas o que muchas veces tienen las que no esperábamos, de conciliar instinto y razón -o al menos ponerlos a echar un buen diálogo-

* Este texto surge a partir una presentación que preparé para una jornada en la II Bienal FADU luego de la cual Ariel Misuraca tuvo la genialidad de reclamar más *sordos apasionados*. Me pareció un título brillante.

y, al fin y al cabo, salirse del cómodo mundo de las certezas. Con lo que sea que de ese espíritu le de forma, la investigación científica tiene siempre un único verdadero fin: producir conocimiento. Un fin esencialmente social, es decir, un sentido proyectado hacia la sociedad que le da a la investigación una funcionalidad basada en el concepto de evolución, en la premisa de algún tipo de desarrollo hacia el futuro. Investigamos para ir más allá. Esta condición engendra una segunda característica intrínseca a este tipo de producción: su capacidad transformadora. Si investigamos para mejorar las condiciones de la vida humana (desarrollando tecnología, inventando nuevos medicamentos, organizando el crecimiento de las ciudades, entendiendo con mayor precisión algún proceso biológico, etc.) esa finalidad reviste a la investigación científica con un inevitable compromiso de transformar la realidad con un vector positivo. De ello, pues, una tercera característica obvia a esta altura: el conocimiento es poder. Poder en sí mismo y poder proyectado hacia las formas que organizan la sociedad, en entramados políticos y económicos. Y de ello una última condición esencial: si todo conocimiento reviste una utilidad social y constituye algún tipo de poder, la pregunta sobre quién se apropia del conocimiento y, en última instancia, hacia quiénes van dirigidos los saberes, despliega una dimensión de la investigación profundamente ética. Así las cosas, preguntarnos por la naturaleza y la pertinencia de una tesis de posgrado nos ubica en el campo de discusiones sociales, corriendo inclusive a las ciencias más duras de la burbuja de immaculada objetividad. Investigar es un hecho social y, en estos términos, es un hacer político. Incluso cuando parece que estamos haciendo exactamente lo contrario.

Sobre todo cuando parece que estamos haciendo lo contrario.

Entonces, por qué investigamos es menos una pregunta a las vocaciones individuales que al sentido social de producir conocimiento. Y preguntarlo en una facultad de arquitectura, diseño y urbanismo es, además, una invitación a pensar el espacio mismo que esta actividad ocupa en disciplinas que históricamente no producen preguntas sino respuestas, objetos.

La voz de la conciencia científica

Obviemos por ahora el hecho de que la investigación se constituye muchas veces como una mera salida laboral, incluso para muchos profesionales, como los de las ciencias sociales, para los cuales es casi la única posibilidad de desarrollo dentro de la disciplina en un mundo donde el concepto de *aplicabilidad* mide la capacidad de capitalizar un conocimiento y determina su efectiva utilidad en función de las necesidades de desarrollo económico. Obviemos la cuestión, pues, de que enormes masas de profesionales se vuelcan a la investigación porque es la única manera de insertarse como trabajadores en el contexto actual. Retomemos la idea de la investigación en su estado más primigenio, en la inquietud humana de querer saber, de dejar que las dudas aparezcan y movilizan, que agiten, que convulsionen. Esa especie de urticaria mental que se nos instala misteriosa, disruptiva, incluso cuando sólo pretendíamos quedarnos un rato tirados en el sillón. Ese espíritu de investigación que moviliza inconscientemente los juegos infantiles, sin duda subyace transformado, normativizado, controlado, en la investigación científica.

Mucho antes de sentarme a escribir mi plan de tesis, a mí me movilizó una gran pregunta, una pregunta enorme: ¿por qué las ciudades son lugares cada vez más desiguales? Antes de que esa pregunta se transfigurara en *hipótesis*, era eso, simplemente: una

pregunta. En realidad, eso que formulaba como interrogación era la síntesis de ideas, de dudas, de cuestiones verdaderamente inquietantes que cuando tuve que definir un proyecto de tesis hicieron irremediable la decisión de que todo el tiempo y la energía que esa tarea demandaría fuera direccionado hacia allí.

A partir de ese momento -o tal vez un poco después- tuve que familiarizarme con la metodología específica que haría que, efectivamente, esas cuestiones pasaran de ser inquietudes personales, más o menos articuladas, a un conocimiento socialmente relevante. Las formas del arte, el método científico, la escritura des-subjetivizada, la argumentación cimentada en autores reconocidos, la relevancia y el tipo de las fuentes de información y todo el andamiaje epistemológico de la *Academia* supusieron un tipo de aprendizaje muy específico, sobre todo en una facultad que no aspira a formar investigadores sino diseñadores. Como cuando se aprende a conducir o cosas por el estilo, no podría decir el momento exacto en que dejé de aprender e internalicé a tal punto toda esa estructura que dejé de tener conciencia de ella. No sabría cómo fecharlo. Pero lo que sí puedo afirmar, con certeza plena, es la total conciencia de ese inconsciente: desde que la pregunta fue hipótesis, mi *espíritu de investigación* no de deja de escuchar a la *voz de la conciencia científica*.

Dialogan.

Casi siempre terminan a los gritos.

El sentido de la tesis

¿Por qué hacer una tesis? Aún sin definir necesariamente una finalidad o, incluso, desconociendo en un primer momento las propias motivaciones, emprender un recorrido de investigación supone algún tipo de transformación. Transformación

individual, sin duda, si entendemos que nunca se sale de un proceso de aprendizaje como se entró. Las etapas que vamos atravesando a lo largo del desarrollo de una tesis, desde las lecturas, el descubrimiento de nuevas ideas, el conocer otros lugares, gente, culturas y cosmogonías, todos esos momentos son en mayor o menor medida sacudones a lo que pensábamos antes de emprender el *cronograma*. En la vida real, la *revisión bibliográfica*, las *entrevistas a actores relevantes*, el *análisis de casos*, constituyen situaciones que impactan en la subjetividad del investigador. Positiva, negativa o insospechadamente. Pero impactan. Y nos transforman. Ese es un maravilloso sentido inicial para una tesis: el deseo de transformarse a uno mismo.

Ahora, bien, para transformarse a uno mismo no hace falta tanta parafernalia, tanto despliegue de recursos ni la estructuración que supone un proceso de investigación científica. Al fin y al cabo, ni siquiera es necesario rendir cuentas a nadie de nuestros devenires personales y, probablemente, nos vaya mejor haciendo y deshaciendo nuestras propias reglas que pretendiendo ajustar los aprendizajes individuales a metodologías exógenas. Por eso, producir una tesis implica trascender ese deseo de transformación individual hacia lo colectivo. Es más, tal vez en esa coyuntura el plano subjetivo ni siquiera sea relevante; sí, claro, asumimos que hacer una tesis nos va a cambiar de alguna forma pero no es allí donde yace el sentido último. Lo que moviliza verdaderamente es proyectar una transformación social.

En una facultad de diseño esto podría ser redundante ya que el desarrollo profesional de las carreras involucra actividades de alto grado de transformación social. Aún más, ¿no es el proceso proyectual un acto de investigación en sí mismo cuyo resultado son los objetos y productos que efectivamente resuelven necesidades, mejoran

determinadas condiciones de vida, amplían el repertorio de respuestas a demandas de espacios, indumentos, comunicación, etc.? Es decir, ¿no es el diseño un constante proceso de investigación con grandes impactos transformadores para la sociedad? No voy a detenerme en esta cuestión, aunque me parece una pregunta central para discutir el ámbito, el alcance y los sentidos de la investigación en el diseño. Tampoco voy a ir mucho más allá sobre lo que significaría una tesis en urbanismo (la U de FADU), a pesar de que en ese caso podría ser más evidente la necesidad de teorizar. Por otro lado, aunque la facultad es la misma la disciplina que piensa la ciudad tiene lógicas que se vinculan con el proyecto pero que también se despliegan en el campo del conocimiento social, de otras técnicas y con implicancias distintas a las del diseño espacial-objetual-comunicacional.

Lo que me gustaría enfatizar sobre esa proyección hacia lo colectivo de la investigación científica es que el desarrollo de una tesis reactualiza los vínculos entre la Academia y la Sociedad. Así, con mayúsculas. Esa relación que está en el centro de muchos debates, contemporáneos y no tanto, vuelve a definirse cada vez que asumimos este sentido de la producción de conocimiento. En un nivel evidente, porque cualquier proyecto de tesis da cuenta de la empatía de la disciplina con los problemas de la sociedad. Problemas no necesariamente manifiestos como tales sino en el sentido de lo que puede (y debe) ser socialmente problematizado. La definición del *tema de investigación* debe tener, en ese sentido, relevancia social. Que podrá -y sin duda lo hará, en alguna medida- satisfacer las motivaciones individuales de cada investigador, además. Pero lo que es particularmente importante llegado este punto es asumir que la relevancia social de una tesis pone en juego la dimensión ética de la investigación, la responsabilidad del

investigador en establecer el problema no sólo desde sus propias inquietudes sino, y sobre todo, desde lo que en su contexto de producción se proyecte como campo de transformación. En última instancia, retomando la idea de que el conocimiento es poder, la pregunta es: ¿para quién se investiga?

Hacia quiénes van dirigidos los saberes que se producen en la investigación, quiénes capitalizan el volumen de conocimiento y lo aplican, qué fines se nutren de esas capacidades intelectuales y en qué aspectos se transforma efectivamente la realidad, son todas cuestiones relevantes que nos tocan en nuestra tarea pero que sobre todo hacen a discusiones más amplias sobre cómo una sociedad se proyecta y cómo dispone sus recursos -materiales e inmateriales- para organizar su reproducción. Sin ánimos de encarar esa otra e inmensa discusión, sí dejemos planteado el sentido de una tesis de posgrado en esta doble dimensión individual-social: el sentido profundo de transformación.

... pero súbitamente la escucho. La voz de la conciencia científica me dice:

- ¿Transformar? Muy noble, sí. Notable aspiración. Pero acá en la Academia queremos *novedad*.

La novedad en el universo científico se llama *aporte original al conocimiento*. O cosas por el estilo. Es decir, una de las tantas cosas que se espera de una tesis de posgrado es que introduzca algún grado de innovación respecto a lo que hasta el momento se conoce del tema; que produzca un salto cualitativo en el campo de conocimiento en el cual se despliega.

- El *Estado del Arte*, dice.

- Sí, sí. El estado del conocimiento, responde con cierto tedio el espíritu de investigación.

Dos cosas han pasado a velocidades impensables en el último siglo. Por un lado,

creció sustancialmente el volumen de conocimiento sistematizado. En primer lugar, somos más (personas). Somos, también, cada vez más los que accedemos a formación superior, los que elegimos desenvolvernos como trabajadores en ámbitos que producen, y no sólo usan, saberes institucionalizados. El crecimiento de las matrículas universitarias, la proliferación de nuevas carreras, la formación de nuevas instituciones de enseñanza (públicas, privadas, terciarias, universitarias, etc.) son expresiones visibles de este crecimiento. No hablo aquí de calidad y ni siquiera pretendo evaluar la relevancia social de ese volumen producido. Lo que intento es afirmar el crecimiento cuantitativo. Dos: el desarrollo y la más reciente masificación de las TICs (Tecnologías de la Información y la Comunicación) han permitido que todo ese volumen sea fácilmente accesible y en tiempo real. Ya no es necesario ir a la biblioteca, ni comprar libros o revistas. La información está en línea, muchas veces es abierta y gratuita, y geográficamente ilimitada: ya no importa dónde se produzca, su circulación es global. Tipeando un par de palabras en algún buscador es posible acceder instantáneamente a todo el material (o a una parte muy relevante) de los temas que estamos investigando. No importa quién lo edita, en qué idioma, en qué año. Es relativamente fácil acceder a la información necesaria para configurar un panorama rápido del estado de avance del conocimiento en el tema que nos convoque. Entonces, si en términos absolutos se produce más y en términos relativos accedemos a mayor proporción de esa producción respecto a años anteriores, ¿cuánto hay de "nuevo" en lo que investigamos? En este contexto, la idea misma de innovación se desvanece... ¿qué posibilidades hay de que nuestro tema de tesis no haya sido pensado o abordado desde alguna perspectiva, en algún momento, en

algún lugar del mundo? Esto no debería ser, de ninguna manera, un obstáculo para llevar adelante una investigación que más allá de ello se revele pertinente en el contexto en que la desarrollemos. Pero es sí una invitación a repensar cómo se estructura y qué formas institucionales adopta la producción de conocimiento, sobre todo cuando contraponemos un modelo formulado hacia varias décadas, ya habiendo atravesado este siglo de hondo cambios sociales y culturales. Es inevitable que entre el paradigma científico positivista, vigente casi sin alteraciones sustanciales, y las condiciones contemporáneas de producción de conocimiento surjan fisuras y que en lo referente a un aspecto tan sensible al devenir histórico como lo es la acumulación de saberes, el contexto actual ponga lisa y llanamente en jaque la noción de *estado del arte*.

Capacidad futuroológica

Tener una buena pregunta de investigación no es poco. En verdad, es muchísimo si entendemos que justamente en la inquietud de lo que no sabemos descansa la esencia misma del investigar. Esa pregunta y sus potenciales respuestas son lo que de alguna forma le dan cuerpo a aquello que denominamos *hipótesis*. Una hipótesis es un supuesto, una duda, una certeza incompleta, una completa incertidumbre; una hipótesis se parece muchas veces a intuiciones, a las cosas que se miran con ojos entrecerrados, a las que se piensan con suspicacia. El gran presupuesto subyacente en esto de hacer tesis es que se investiga para pasar de una hipótesis a una certeza, que puede ser la que verifica pero también la que la hecha por tierra. Contra todo pronóstico, el conocimiento científico admite que nos equivoquemos -siempre y cuando refutar aquello que imaginábamos antes de empezar sea realizado con un procedimiento igualmente consistente y normativizado.

- Sí, bueno. Pero ¿qué va a resolver con su tesis?, apura otra vez la voz la conciencia.

- ¿Cómo que qué voy a resolver?, responde algo desconcertado el espíritu de investigación. - La hipótesis. Voy a contestar la pregunta.

- Me imagino que sí (¿o para qué le estaríamos pagando la beca, sino?). Pero necesito información más detallada... qué va a hacer y cómo lo va a hacer.

- ...

- ¿Acaso no leyó los apartados “Objetivos” y Metodología”?

- Eh...no. Bueno, sí. Algo vi. Pero, para serle sincero, no le di mucha pelota.

- ¿No le *dio pelota*?

- Yo qué sé; me pareció un poco apresurado... La verdad, la verdad, no tengo ni la más mínima idea qué voy a hacer. Y menos cómo.

Y, en principio, no estaría mal no saber. Muchos de nuestros aprendizajes se van desarrollando en el andar, sin demasiadas premeditaciones, sin caminos trazados a priori, sin proponernos resultados o procesos con anticipación.

(La voz de la conciencia científica se ajusta la corbata y carraspea un poco.)

El modelo científico no admite indefiniciones. Al menos no de este tipo. Habiendo establecido la hipótesis, verificado su grado de novedad y su potencial aporte al conocimiento, es preciso definir los *objetivos* (generales y específicos) como resultados a los cuales se espera llegar, o bien como procesos que se proponer atravesar (por eso es bien común encontrarse con enunciados que empiezan con infinitivos como analizar, estudiar, revisar, etc.). La *metodología* es, de alguna forma, lo que conecta esos puntos, el recorrido y las formas para poder llegar a cumplir los objetivos propuestos.

- ¿Pero todo esto lo tengo que saber *antes*?

- Ah, sí, sí. Por supuesto. Por eso lo llamamos plan de tesis. ¿Entiende? *Plan*. La Academia necesita toda esa información definida antes de que empiece con la tesis. Como para no gastar pólvora en chimangos, ¿vivo?

- Comprendo...

¿Qué lugar ocupa la intuición en todo esto? No mucho. No, al menos, en la formalización del conocimiento. A diferencia de otras disciplinas que han ido incorporando distintas formas de improvisación como metodologías válidas de investigación (y que por ello son disciplinas no académicas, seguramente) el paradigma científico como forma de conocimiento permanece inalterable en pleno siglo XXI. Aunque culturalmente ya se han legitimado otros modelos que no responden a esa producción metodológica tradicional, las tesis de posgrado siguen siendo evaluadas de acuerdo con los parámetros heredados de hace más de un siglo. En la capacidad de estandarizar, comparar, normativizar, prever, prefigurar y homogeneizar formas y procedimientos radica el rigor científico. Más o menos en las antípodas de la espontaneidad investigativa; que al fin y al cabo no está probado que no sea eficaz para hacer que el conocimiento avance, pero no es predecible. No se puede controlar. Por ello es que podemos establecer, en alguna medida, cuánto realmente aporta al conocimiento el método científico pero no podemos definir con precisión cuánto aportarían otras formas metodológicas, qué nuevas posibilidades se abrirían incluso para las ciencias más duras, si aceptáramos otros paradigmas de conocimiento. Sencillamente no lo sabemos (probablemente porque hay muchos intereses en juego, como siempre, para mantener el *status quo*).

Conocimiento circular

Finalmente, habiendo definido hipótesis, objetivos, metodología y alguna que otra

cuestión, aún debemos enfrentarnos a la construcción misma de esa narrativa tan peculiar que es una tesis, sobre todo porque la coherencia y la consistencia de las ideas que desarrollemos van a estar determinadas por la argumentación que las sostenga. No se trata sólo de recorrer la novedad, sino de hacerlo con una justificación sólida que respalde lo que vamos enunciando. La solidez de nuestros argumentos descansa, en gran medida, en cómo nos apoyamos en referencias que ya han consolidado su validez previamente; estudios, autores reconocidos y otras fuentes como informes de organismos oficiales van a ser fundamentales para complementar la información que los investigadores generen por sí mismos (por ejemplo, haciendo una entrevista o relevando datos) y respaldar las conclusiones que puedan ir esbozando. Este es el mecanismo de validación fundamental para producir conocimiento científico. En las diversas disciplinas adquiere formas variadas pero, al fin y al cabo, de lo que se trata es de recurrir al conocimiento previo para apoyar el conocimiento en gestación. Así, el conocimiento construido no sólo tiene como finalidad su aplicación social, es decir, su uso para transformar en algún sentido el mundo, sino que incorpora una dimensión recursiva para retroalimentar a los conocimientos por venir. Hacia adentro de la Academia, ese es el rol del conocimiento construido: sustentar otro conocimiento.

- Por eso, como dijo mi viejo maestro citando a Heidegger, que sobre una lectura que Nietzsche había hecho de Heráclito...

- Espere ¡espere que me está mareando!
¿Qué me quiere decir?

- A lo que voy es ... este... ¿qué iba a decir yo?

El riesgo enorme, que más que riesgo es acervo consolidado, es producir conocimiento que sólo va a producir conocimiento que va a producir conocimiento. Así vamos de tesis en tesis que

sólo acaban en tesis. Esto no es sólo un problema para la sociedad en conjunto respecto a cómo invertimos nuestros recursos para pensar el mundo; es un verdadero atentado a la teoría, a la esencia mismísima de usar nuestra capacidad de pensar, discutir, conceptualizar, abstraer y reflexionar. La teoría por la teoría misma se olvida de las prácticas que la engendran y de las prácticas que la demandan. Ese es el pecado del hermetismo intelectual, el archiconocido vicio de la Academia cerrada en sí misma, engrosando estantes de bibliotecas, ponencias de congresos, argumentaciones y contra-argumentaciones entre notables. El error triste de tergiversar el sentido del poder del conocimiento. La aspiración a convertirse en estatua.

Debates latentes

Llegado este punto más de uno podrá estar preguntándose para qué entonces hacer una tesis, cuando no ya habiendo hecho un prolijo bollo con la primera hoja aún sin escribir. Por supuesto que no estaría demás revalorizar otros saberes que no se reproducen científicamente y encontrar aspectos de convergencia, o al menos de coexistencia legítima en su utilidad social. No hay por qué limitarse a la producción académica, desde ya. Pero más allá de eso, hacer una crítica dura a la investigación científica no tiene como fin desestimarla sino, por el contrario, repensarla a la luz de cómo las sociedades se han ido desarrollando, máxime en épocas donde los cambios son vertiginosos, masivos, exponenciales. Claro, esto es, asumiendo que un paradigma que puede reformarse, que puede ajustarse a un aquí-ahora sin perder la esencia que lo define. Si así no fuera, estaríamos asistiendo a un cambio paradigmático, a un salto epistemológico realmente cualitativo hacia nuevas formas de conocimiento. Considerando los alcances, los usos, la relevancia social que tiene el

conocimiento producido de acuerdo a este modelo, nada indica que el paradigma científico contemporáneo esté en crisis.

Tampoco estamos en crisis los investigadores. Pero algunas discusiones nos debemos. No paradigmáticas, pero sí bien de fondo.

En primer lugar, encarar el proceso de investigación que supone desarrollar una tesis reactualiza siempre la reflexión sobre por qué investigamos. No sólo como discusión filosófica, ni en su sentido social sino también en lo concreto de cada proyecto, en la propuesta específica de cada investigador. Una pregunta que aunque muchas veces no pueda responderse de forma instantánea bien vale ser formulada con anticipación. Se trata de pensar el sentido de este hacer, desde la hipótesis subyacente en el trabajo y en el contexto social en el cual se desarrolla, así como en el entramado de producción de conocimientos del cual se hace parte. Tal vez sea esta la tarea más íntima de cada tesista, lo que cada uno deba pensar sobre su propio hacer.

En otro aspecto, producir una tesis de posgrado en una FADU interpela también al significado, los contenidos, el pensamiento del diseño y del proyecto, en una tensión muy singular entre teoría y práctica, entre pensamiento, desarrollo, producción y transformación del mundo social que, en su singularidad, aún no parece haber encontrado el sentido específico de la investigación, sus metodologías propias, sus herramientas. Si el posicionamiento de las disciplinas proyectuales es difuso, aún menos definido es el del urbanismo, donde convergen ya los profesionales de ciencias espaciales con los de ciencias sociales, entre otros. Producir tesis en el ámbito de la FADU sin duda exige repensar el paradigma científico en función de sus especificidades. De hecho, quizás, estas disquisiciones estén bastante pensadas y presentes en los ámbitos de formación, e incluso cierta

flexibilización en la forma y lo sentidos de sus investigaciones dan cuenta de esa necesidad de encontrar reglas propias. Las discusiones sobre contenidos que incorporan otras formas de argumentación, la apertura hacia temas que no pueden ser abordados desde la estructura tradicional y la aceptación de metodologías más laxas asumiendo la imposibilidad misma de que estas disciplinas produzcan hipótesis con validación, con contenido de verdad; son varias las manifestaciones que evidencian que este proceso de cuestionamiento existe, que está vigente. Ahora bien, si las voces académicamente autorizadas (que hacen que la "Academia" no sea una entelequia sino sujetos sociales) reconocen esta necesidad de redefinición en el seno de la FADU, ¿por qué los reglamentos que regulan esta producción permanecen inalterados en sus aspectos más estructurales? Nos entregan un documento digno de una facultad de ciencias naturales del siglo XIX mientras amablemente nos invitan a no preocuparse tanto por las reglas, a pensar sin ataduras ni excesivo rigor científico... ¿no sería más sensato cambiar las reglas? Es decir, abrir el debate a la comunidad académica y explorar epistemologías que nos sean útiles. No por el cuestionamiento en sí, no por la necesidad imperiosa de tener un reglamento que cercene la capacidad creativa ni coarte el espíritu de investigación sino todo lo contrario: que lo expanda, que amplíe las

posibilidades y los límites de lo que investigar. Que enriquezca las discusiones entre quienes producen y entre quienes evalúan y extienda a todo el cuerpo social ideas y propuestas verdaderamente transformadoras. Que no desdeñen la necesidad de homogeneizar ciertos parámetros que organizan transversalmente las disciplinas y al hacer teórico pero que no se reduzcan a ello -a cumplir impecablemente las reglas de la Academia mientras su capacidad transformadora naufraga. Si el debate ya está planteado, si los mismos que esbozan las críticas (o más bien, se hacen eco de ellas) continúan reproduciendo la misma estructura, continúan invitándonos a investigar sin prejuicios mientras nos demandan el mismo cumplimiento de formas obsoletas, ¿qué esperan para cambiarlo? Se ha planteado un circuito de cierta hipocresía que sostiene las reglas que invita a romper. O peor aún, que invita a evadir solapadamente. Sin duda daría mejores resultados dejar de volcar creatividad en pergeñar cómo hacer algo coherente y luego intentar ajustarlo a una estructura exógena que destinar esa capacidad creativa a la investigación misma. Encontrar una conciencia científica cuya voz no censure al espíritu de investigación, a la esencia misma que hace que a pesar de todo sigamos siendo muchos los que nos comprometemos con este hacer.